

revista

VETERINARIA VENEZOLANA



REVISTA VETERINARIA VENEZOLANA

ORGANO CIENTIFICO, TECNICO Y PROFESIONAL
DE LA FEDERACION DE MEDICOS VETERINARIOS DE VENEZUELA

Director: Doctor CARLOS RUIZ MARTINEZ

Vol. XXXVII

Caracas, 31 de Julio de 1974

Nº 216

FUNDADORES

Doctores: David Itriago S.; Carlos Ruiz Martínez; José Novelli, h.; Miguel A. Granados y Aníbal José Núñez A.

JUNTA DIRECTIVA

DE LA FEDERACION DE COLEGIOS
DE MEDICOS VETERINARIOS
DE VENEZUELA

PRESIDENTE:

Luis Herrera R.

VICE-PRESIDENTE:

Ramón Parra Atencio

SECRETARIO EJECUTIVO:

Armando Gómez

TESORERO:

Abelardo Ferrer Domingo

BIBLIOTECARIO:

Carlos Marín A.

SECRETARIO:

Ángel E. Reverón R.

VOCAL:

Manuel Vargas Díaz

TRIBUNAL DISCIPLINARIO:

Principales:

Carlos Palacios G.; Abraham Hernández Prado; Miguel Ángel Granados M.; Humberto Olmos C.; Ángel Darío Porras Pino.

Suplentes:

Félix Palacios y Claudio Carrasquero

**DIRECTOR DE LA REVISTA
VETERINARIA VENEZOLANA**

Dr. Carlos Ruiz Martínez

Precio anual de la
suscripción: Bs. 50,00

Un solo ejemplar: Bs. 5,00

Empresa Editora:
EDITORIAL SUCRE

SUMARIO

| | Pág. |
|---|------|
| Los veterinarios en la literatura. | |
| Por el Dr. | |
| Benito Madariaga de la Campa | 3 |
| Caso de la infestación del huevo de gallina. | |
| Por el Dr. | |
| Alexander Oolo Ausmees | 45 |
| Inspección sanitaria y sus problemas. | |
| Por el Dr. | |
| Alexander Oolo Ausmees | 47 |

REVISTA VETERINARIA VENEZOLANA
PUBLICACION MENSUAL

TARIFA DE AVISOS

| | |
|----------------------------|------------|
| Portada Exterior | Bs. 800,00 |
| Portada Interior | " 750,00 |
| Página | " 650,00 |
| ½ página | " 350,00 |
| ¼ página | " 200,00 |
| ⅛ página | " 125,00 |

SECCION DOCTRINAL

TRABAJOS ORIGINALES

CONGRESO DE HISTORIA DE LA VETERINARIA ESPAÑOLA

(Madrid, 1973)

LOS VETERINARIOS EN LA LITERATURA

(Notas para una Sociología profesional)

Por el Doctor

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

I. LA PROFESION VETERINARIA

CONCEPTO DE PROFESION

No podemos decir que en cualquier etapa cronológica o momento histórico se pueda ya aludir al veterinario o a la ciencia veterinaria, por más que existan antecedentes muy antiguos de la medicina animal. Podríamos entonces preguntarnos cuándo nace el concepto de profesión en veterinaria, es decir, la capacidad para ejercer y enseñar el arte y ciencia de unas funciones concretas, comunes a una serie de individuos que prueban su capacidad y reciben autorización legal para ejercerla. Quiere ello decir, que resulta absurdo hablar de la medicina veterinaria prehistórica o incluir dentro del ejercicio profesional las prácticas curanderiles de pastores, caballerizos o herradores. Existió, por supuesto, una dedicación, si se quiere veterinaria, en manos en un principio de todos aquellos que por sus trabajos, estudios y experiencia sabían o podían ejercer una medicina animal, pero si bien sus éxitos y testimonios han sido de hecho aprovechados en veterinaria no podemos con lógica y justicia incluirles como individuos de nuestro contexto profesional. Es preciso aguardar a que nazca la conciencia del "nosotros profesional", unido a la

autorización del ejercicio de curar los animales, para que pro-
piamente aparezca el profesional veterinario.

Igual que ha ocurrido en medicina humana, el veterinario actual es legítimo descendiente del albeitar o del mariscal, pero nunca del aficionado o del curandero, por más de que haya habido una época en que el arte de curar los animales era libre y se ejercía por pastores, palafreneros y herradores, cuyos conocimientos fueron siempre de carácter empírico, ligados a prácticas casi siempre supersticiosas y, sobre todo, al margen de una titulación y de una autorización.

En un principio la medicina humana y veterinaria estuvieron unidas. Al ser la esencia de su cometido la misma, la curación de un organismo enfermo, la práctica de curar tuvo un origen común. Una evolución natural desliga ambas ciencias que en los primeros tiempos se consideraron como un arte, ya que predominaban en sus prácticas las operaciones manuales o quirúrgicas, unidas a ciertas reglas o preceptos necesarios para lograr la curación.

Al no ser precisa la titulación, la cura de los animales fue ejercida por expertos e incluso por aficionados, y con más razón por los médicos, escritores y filósofos que investigaron acerca de la forma de curar o de conservar la salud de los animales. Recuérdense, por ejemplo, las alusiones veterinarias de Homero, Jenofonte, Arquidamo, Aristóteles, Columela, Lucrecio, etc., y sus tratados en los que aparecen suficientes elementos veterinarios como para ser incluidos en nuestra bibliografía.

En Babilonia, Egipto y la India se han descubierto escritos en los que se menciona al veterinario o se alude a sus cometidos. Algunos tratadistas consideran a Absirto (siglo IV), autor de una monumental *Hippiatrica*, escrita en modo epistolar, como el "Padre de la Medicina Veterinaria".

En la poesía preislámica existe una *muwashaha*, composición poética escrita en árabe, en la que se alude al veterinario como médico de los animales. Dice así: "Cuyo cuerno le había atravesado la yugular y agujereado del mismo modo como lo hace el veterinario cuando sangra el muslo".¹

¹ Cfr. Juan Vernet, s. a. *Literatura árabe*. Nueva colección. Labor. Edit. Labor. Barcelona.

En la Edad Media la contribución española a los estudios de veterinaria es decisiva y plena de un contenido científico original y muy superior al de otros países, siempre considerada, por supuesto, a tenor de los adelantos de la época. Pudiéramos decir que es una etapa brillante de la albeitería española, aunque como dice Sanz Egaña, estos profesionales "como casta social no rompieron la modestia del anonimato".² Su nombre, que tuvo un origen culto fue degenerando hasta cobrar posteriormente un sentido un tanto peyorativo, desprestigio que se advierte claramente en las citas literarias contemporáneas.

Con la aparición del Real Tribunal del Protoalbeiterato (1500) nace el concepto legal de profesión, ya que a su amparo se forman como dice Sanz Egaña, los primeros albeítarés en el orden profesional al exigirse "que ningún albeytar ni ferrador pudiese poner tienda nuevamente, ni usasen del oficio de albeytar o ferrador, sin primeramente ser examinado".³

La afinidad de funciones agrupaba entonces a aquellas personas o corporaciones de un cometido artesano parejo o que utilizan las mismas materias primas. Los Gremios de Albéítarés y Herradores tienen, junto a fines protectores, un perfil de asociación legal. Pero poco a poco se van separando en virtud de un mayor predominio y categoría científica y social y debido a no existir ya los motivos que los mantuvieron asociados con los Herreros, Cerrajeros y Escopeteros.⁴

Desde el punto de vista sociológico, que es el que aquí nos interesa, el Protoalbeiterato tiene una pervivencia de tres siglos y medio y ello acarrea la herencia de un prejuicio social, al ser las actividades económicas y científicas del albeítar de escaso interés y prolongarse su contexto profesional hasta tiempos relativamente recientes, lo que expresa Sanz egaña al decir que llevamos medio siglo de albeitería de más.

La fundación de las Escuelas de Veterinaria y la incorporación de nuevas disciplinas a sus estudios, como la Bacteriología,

² Sanz Egaña, C., 1941. *Historia de la Veterinaria Española*. Espasa-Calpe. Madrid, pág. 229.

³ Véase las Pragmáticas de los Reyes Católicos en el apéndice I del libro citado de Sanz Egaña. Pág. 439.

⁴ Espeso del Pozo, C., 1952. Los gremios españoles de albeítarés y herradores (siglos XIII al XVIII). *Bol. Consejo G. de Coleg. Vet. de España* (32): 359-269. Véase también los números anteriores y siguientes.

Zootecnia, Inspección de alimentos, etc., dan un mayor contenido científico a las actividades profesionales del veterinario al ampliar el panorama económico de sus funciones que corren parejas también con un mayor realce social. Con todo hay que advertir que la Veterinaria es una ciencia joven y reciente, todavía en evolución, como ocurre en otros muchos países, por más que haya que reconocer una serie de logros capitales en sus últimos años. Sin embargo, al prolongarse en demasía, como decimos, la albeitería arrastró en su decadencia a las Escuelas de Veterinaria lo cual unido al intrusismo, las diferentes categorías profesionales que existieron (veterinarios de primera, de segunda, etc.), los exámenes por pasantía, etc., representaron, en definitiva, una merma y dificultad notables en el avance de la profesión veterinaria en España cuyas consecuencias han llegado, en parte, hasta nuestros días.

EN TORNO A LA PALABRA VETERINARIA

La evolución del concepto de profesión veterinaria está señalada por las diferentes etapas históricas que marcan sus funciones. Hay momentos en que el nombre del profesional hace relación a la especie objeto preferente de sus cuidados, en otras es una herencia cultural y no faltan ocasiones en que tiene, como sinónimo, un matiz crítico de mayor interés sociológico que semántico. El historiador de la veterinaria española, Cesáreo Sanz Egaña, alude al origen polifilético de la medicina veterinaria con varios núcleos de formación, en un principio faltos de una disciplina académica, lo que hace que desde la perspectiva del lenguaje exista también una evolución desde el encargado de cuidar los animales, expertos diríamos hoy en sus males, hasta el profesional clínico que estudia y vive del ejercicio de la medicina animal.

El veterinario en un principio se concibe, en su sentido más amplio, como un médico de los animales. Así en Grecia y Roma los encargados de curar los animales, el caballo casi en exclusiva o las especies afines, recibieron los nombres de *mulomedicus* y también *hipiátras* que aluden respectivamente a la tarea médica de cuidar y curar estas especies que eran entonces las de mayor estima y valor.

En algunas inscripciones latinas se alude al *medicus pecuarius* que se supone estaba ligado al cuidado de los animales de abasto, en tanto que se usaban los términos *medicus jumentarius* o *medicoreterin* como sinónimos de *hippiatros* y *buiatros* (de buiatros, cuidador de bueyes).

En la Edad Media los *ferradores* aparecen ya separados de los albeitaes y estos "albeitaes progresivos" como los llama Sanz Egaña, salidos de las caballerizas de los Reyes Católicos, serán el germen del grupo profesional dedicado a la cura de los animales y a la práctica del herrado.

El término greco-arábico de *albeitar* significa etimológicamente "médico de caballos" y fue usado en nuestro país hasta 1850 en que se impone el vocablo veterinario, empleado por primera vez por Columella.

El Diccionario de la Lengua recoge el significado de esta palabra y de la voz anticuada *albeite* como el arte que enseña a curar las bestias. Una de las citas más antiguas corresponde a las Partidas donde se lee: "Esto que diximos de los Orebees se entiende también de los otros maestros, e de los Physicos, e de los Cirujanos e de los Albeitaes".

El Infante Don Juan Manuel en el *Libro del caballero et el Escudero* y también en el *Libro de los Estados* hace una diferenciación clara entre herradores y albeytaes, los primeros con una misión concreta en relación al llamado arte de herrar y los segundos como médicos y cirujanos de la salud animal, con preferencia, en su especialización, por los caballos. Aun dentro de los primeros había que distinguir entre los "ferreros" o forjadores de herraduras y los "ferradores" que eran los encargados de la práctica del herrado. Ya en el *Poema del Mio Cid* aparece la expresión "mandar quitar y pagar las herraduras" y el Arcipreste de Hita alude a "un ferrero maldito".

Igualmente se han venido usando las expresiones *Profesores del arte de la Albeyteria*, *Maestro Albeytar*, *Maestro herrador* y *Albeytar*, términos todos ellos que aparecen ya en los títulos del Protoalbeiterato y que han perdurado en gran medida durante mucho tiempo, al menos en lo que concierne a maestro y profesor veterinario.

En la literatura moderna aparece de vez en cuando el término *albeitar* como muestra de una persistencia en el uso de esta palabra hasta tiempos relativamente muy próximos a los nuestros. Así Díaz del Escovar⁵ emplea la expresión "albeitar examinado" y Jardiel Poncela⁶ menciona por boca de un personaje el término "albeitar-cirujano".

En la evolución cronológica de los vocablos con que se ha asignado la práctica profesional, que van desde la hipiatría, albeitería hasta la actual veterinaria, hay que distinguir el nombre de *mariscal*, derivado de *marah*, caballo, y *skalk*, el que lo cuida, término con que se conoció al veterinario en los países centro-europeos, pero que en España se utilizó tan solo en el reino de Aragón y provincias de Cataluña, tal vez debido a las conquistas en Europa que hicieron que fuera adoptado el término en la Edad Media en estas zonas geográficas.

El término veterinario, según el *Diccionario de la Lengua Española*, proviene del latín *veterinarius*, de *veterinae* (femenino) o *veterina* (neutro), con el significado de bestia de carga. El adjetivo *veterinus*, derivado del verbo *vehere* que significa tirar, se empleaba seguido de las palabras *animalia* o *bestia* y así se decía *veterina bestia*.

Rabanal⁷ dice que los animales de carga se designaban con la palabra *veterina*, que proviene de *vetus*, *veteris* (viejo), debido a que se utilizaban para este menester los animales viejos que ya no servían para otras funciones más estimadas como eran la guerra o las carreras.

Todos los autores coinciden en que fue Columela el primero que empleó la palabra veterinario o al menos el que populariza el término cuando escribe: "Quare veterinariae medicinae prudens esse debet pecoris magister", que quiere decir: "El mayoral del ganado lanar debe estar instruido en la medicina veterinaria". Sin embargo, en la edición española de ese autor de don Vicente Tinajero, en el capítulo VIII, del libro sexto, donde se habla de la cura de las ránulas y de las inapetencias, el traductor em-

⁵ Díaz de Escovar, N., 1911. *Cuentos malagueños y chascarrillos de mi tierra*. Madrid.

⁶ Jardiel Poncela, E. *El sexo débil ha hecho gimnasia*.

⁷ Rabanal, M., 1967. *El lenguaje y su dueño*. Edit. Prensa Española. Madrid.

plea la voz *albeitares*, que es muy posterior y corresponde en su origen al medievo. Error debido sin duda al intento de buscar la versión exacta del término latino o bien por traducción libre de Tinajero.

Como tendremos ocasión de ver, el concepto que ofrece el Diccionario de la palabra veterinaria no parece estar muy de acuerdo con la idea actual que tenemos de esta profesión, ya que fija su cometido única y exclusivamente en curar las enfermedades de los animales. Con todo, el término tuvo fortuna y fue aceptado en todas las lenguas romances, aunque en el caso concreto de España hay una etapa histórica en que como hemos visto, las voces *albeitar* y *mariscal* tienen uso y vigencia.

En el cuadro que sigue ofrecemos las palabras en uso utilizadas para designar al veterinario y su profesión en los principales idiomas europeos.⁸

CUADRO N° 1

| Lengua | Veterinaria | Veterinario |
|-----------|----------------------------------|--|
| Latín | Veterinaria ars | Veterinarius |
| Portugués | Veterinaria, Alveitaria | Veterinario, Alveitar |
| Francés | Veterinaire | Veterinaire |
| Italiano | Veterinaria | Veterinario, Manesaleo, Maniscalco |
| Inglés | Veterinary | Veterinarian, Horse-doctor, Cow-doctor |
| Alemán | Tierarzheikunde Tierheilkunde | Tierarzt, Veterinär |
| Catalán | Veterinaria, Manescalía | Veterinari, Manescal |

Una de las citas más interesantes en literatura de las voces veterinaria y *albeitar* las encontramos en Fernández de Moratín,⁹ cuando escribe:

⁸ Masriera, A., 1917. *Diccionario de Diccionarios*. Barcelona. Pág. 1552.

⁹ Véase de Ruiz Morcuende *Vocabulario de L. Fernández Moratín*. Edit. por la Real Academia Española. Madrid, 1945. Vide palabras *Albeitar* y *Veterinaria*.

“Ya se conoce, mi señora doña Francisca que ni usted, ni su madre, entienden una jota de *veterinaria*”.

“Sí, señor, y cirujano de estuche, y saludador, y *albeitar*, y sepulturero”.

En otro lugar añade:

“Cuando era *albeitar*, mataron / a Perdiguero con rabia, / y al punto, con un emplasto, / hice que resucitara”.

El *Diccionario de Veterinaria* de Cagny y Gobert¹⁰ comenta un aspecto muy particular del concepto de veterinaria al referirse al prejuicio social que ha pesado desde tiempos antiguos sobre los hombres que la han ejercido y cuya proyección literaria estudiaremos más adelante.

Veterinaria, *Veterinario*, dicen los autores, “se emplea esta palabra como adjetivo para designar la ciencia veterinaria, y como sustantivo para designar al que cultiva o practica esta ciencia.

“La *ciencia veterinaria* o la *medicina veterinaria*, representa el conjunto de conocimientos que, no solamente sirven para curar las enfermedades de los animales, sino también para prevenirlas, y que se apliquen a todo lo que es relativo a la utilización racional de nuestros animales domésticos: esta palabra parece preferible al término de *arte veterinario*, que parece indicar hoy cierta habilidad manual desprovista de ciencia”.

Los autores aluden, a continuación, al progreso rápido de esta ciencia en el siglo XIX y a la mayor consideración que han logrado sus profesionales en la estima de las gentes.

“A pesar de la especie de abyección en la cual la veterinaria ha permanecido durante mucho tiempo, y el desprecio con el cual se ha mirado durante siglos, y que algunas personas conservan todavía hoy, no se puede negar su importancia y no se le puede dejar de reconocer el rango que le corresponde en las series de las ciencias; no se pueden discutir los servicios importantes que ha prestado a la humanidad.

¹⁰ Cagny, P. y H. Gobert, s.a. *Diccionario de Veterinaria*. Traducido por D. García Izcara. 4 t. Edit. de González Rojas. Madrid.

“Conserva el capital social representado por nuestros animales domésticos, el cual constituye una parte de las riquezas de las naciones.

“En esta era de progreso, donde las ciencias todas se han desarrollado con rapidez, la medicina veterinaria ha seguido de cerca a su hermana mayor, la medicina humana, y en el campo muy vasto de las enfermedades contagiosas es donde se han realizado los mayores progresos”. Y añaden Cagny y Gobert: “A medida que la ciencia veterinaria adelanta, los hombres que la practican se elevan en el medio social. Considerada antaño como del dominio de los herradores, pastores, etc., la veterinaria entra hoy en la categoría de las profesiones llamadas liberales. Sin embargo, el veterinario se resiente todavía de la procedencia modesta de sus antecesores y no alcanzará su verdadera situación sino cuando, en la sociedad, libre de prejuicios, sean los hombres apreciados según su saber, sus méritos y los servicios que prestan”.¹¹

Hemos traído aquí las consideraciones sociológicas que hacen estos autores franceses como prueba de la existencia de un prejuicio social que ha afectado a la profesión veterinaria, lo que nos explica los retratos literarios desfavorables con que se ha ridiculizado, en ocasiones, a estos profesionales, fenómeno quizás más agudo en España, pero que ha existido también en otros países.

Aparte de los hombres que pudiéramos llamar oficialeś hay que consignar aquellos otros de matiz burlesco, que al igual que en otras profesiones, sirven para designar al veterinario. En este sentido se emplean *mataborricos* y *mataburros* con idéntico valor peyorativo que *matasanos* o *picapleitos*. Lope de Vega, por ejemplo, en la obra de teatro *Castigo sin venganza* llama al albeitar “galeno de rocines”.¹²

A título de curiosidad debe recogerse, aunque no tenga tanto valor, el nombre veterinario según el dialecto caló o jerga que usaban los arrieros. El vocablo *Salinas* casi seguro se adoptó, como otros muchos nombres, por el apellido de algún veterinario conocido en la región.¹³

¹¹ Idem. Idem.

¹² Obras de Lope de Vega. Edic. de la Academia Española. Madrid, 1909, t. 13, pág. 262.

¹³ *Diccionario del Dialecto Caló o Jerga que usaban los arrieros de Quintanar de la Orden*. Edit. Excmo. Yuntamiento. Quintanar de la Orden (Toledo), 1968.

Rodríguez María¹⁴ recoge la palabra *castrapuecos*, que fue utilizada por Velez de Guevara en *El Diablo Cojuelo* y en femenino, tal como lo recogió Covarrubias en su *Tesoro*, es la zampona del castrador. El *Diccionario de la Academia* le da actualmente el significado de silbato de capador y en segunda acepción se entiende además como castrador. El Diccionario recoge también el término *Sacapotras* con el significado de mal cirujano.

Las tentativas para modificar la palabra veterinario han sido numerosas con objeto sin duda de evitar el prejuicio social que ha venido arrastrando desde hace largo tiempo. Pero no podemos decir que los proyectos de revisión del nombre hayan sido muy afortunados.

Así se propusieron los nombres de *médico zoólogo*, *médico zootecnista* o el más moderno de Ingeniero pecuario, creado por el profesor Martínez Baselga.

Sanz Egaña se ha referido a aquella inquietud de superación y de reforma de la profesión que ciertos veterinarios recogieron en una Memoria que con fecha 8 de febrero de 1892 entregaron en el Ministerio de Fomento. Entre otras cosas pedían la substitución del nombre de la profesión por otra terminología que estimaban más honrosa. Ni que decir tiene que la cosa se tomó a broma, en ciertos medios, y por aquel año circuló un epigrama que decía:

Le pregunté a don Eufemio
qué profesión ejercía,
y contestó el muy pedante:
"Soy médico en zoología".
"Tal facultad desconozco"
—le dije, y él arguyó—:
"No tiene nada de extraño,
¡ah poco la inventé yo!"¹⁵

En 1912, la Federación Nacional Escolar celebró en Barcelona una Asamblea a la que concurrieron estudiantes de toda España. En aquella ocasión los representantes más jóvenes de la profesión volvieron a pedir que se cambiaran los nombres de

¹⁴ *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*. Madrid, 1922, pág. 79.

¹⁵ Sanz Egaña. *Ob. cit.*, pág. 280

veterinario y *veterinaria* “por considerarlo un mote impropio”, por el de *médico zootecnista* y *medicina zoológica* o por el de *Ingeniero pecuario* por el que suspiraba una gran parte de la profesión. La prepuesta de estos nombres había sido hecha en la segunda Asamblea Nacional Veterinaria por el ilustre Rector de la Universidad Central, Rafael Conde y Luque.

En 1958 en nuestro libro de *Sociología Veterinaria*¹⁶ analizábamos el problema de la revisión del nombre de veterinario aceptado ya plenamente, y al que se refería Demetrio Tejón¹⁷ con estas palabras: “Son muchas las afirmaciones hechas sobre la revisión de un nombre tan traído y tan llevado como es el de “Veterinaria”. La mayoría de las veces, se ha tenido en cuenta para el apoyo de la tendencia detractora, la opinión ajena más que la propia. “Veterinaria”, suena “desarmónicamente” en algunos oídos. ¿Pero podrían explicarnos por qué razón? Ni etimológicamente ni en cuanto a la fonética del vocablo afecta, pueden encontrarse reparos. ¿Que es un nombre que hace referencia a los animales? Si esta es la causa de descontento podríamos echarnos a reír. ¿Qué puede achacarse a un nombre que hace alusión a los animales si son éstos, precisamente, su objetivo? No creemos sea un perjuicio continuar con el nombre de “Veterinaria” para nuestra carrera. Únicamente cabría sustituirla por la terminología de “Biología e Industria animales” o “Patología e Industria animales”. Pero el nombre específico del profesional —genérico, licenciado y doctor— en estos casos no existiría, y esto no es cómodo ni conveniente. La vieja idea de “Ingenieros pecuarios” está difícilmente aclarada, y no nos vale a una carrera universitaria”.

Desde luego, si bien el vocablo *veterinario* puede quedar perfectamente designado lo que designa, no cabe duda que habrá que revitalizarlo, problema que incumbe a todos los miembros del grupo profesional.

A esta altura de nuestra exposición, en que hemos analizado la evolución semasiológica e histórica de las palabras que han designado a la veterinaria, podemos preguntarnos qué se entiende actualmente por veterinario y cuáles son sus funciones. El Dic-

¹⁶ Madariaga, B., 1958. *Sociología Veterinaria*. Prólogo de Sanz Egaña. Gráficas Aldus. Santander.

¹⁷ Tejón, D., 1956. Nuestra postura. *Re. Veterinaria* (9): 2.

cionario de la Academia hemos visto que ofrece una definición incompleta, ya que se refiere únicamente a la ciencia y arte de curar y prevenir las enfermedades de los animales, pero no alude a su condición de profesión liberal, ni menciona otros cometidos ya sancionados por el ejercicio profesional. En 1739 la albeitería fue ya declarada arte liberal como la medicina y la farmacia.

Los Servicios de la Comisión Ejecutiva del Mercado Común han clasificado las profesiones liberales en cuatro grupos: las profesiones de tipo técnico (arquitecto, ingeniero, biólogo, etc.), profesiones jurídicas (abogado, consejero fiscal, etc.), profesiones culturales (prensa, cine, radio-televisión y personal docente) y profesiones médicas en las que figura el veterinario, junto a los médicos, farmacéuticos, ópticos, dentistas y enfermeras.¹⁸

El Vocabulario de Ocupaciones del Ministerio del Trabajo¹⁹ clasifica al veterinario en el grupo de los llamados trabajadores profesionales, dotados de título universitario, así como del permiso necesario para el ejercicio de su profesión. El veterinario es, por lo tanto, el profesional que “diagnostica y atiende, desde el punto de vista médico o quirúrgico, las enfermedades o lesiones de los animales; examina los animales enfermos; diagnostica la naturaleza del trastorno y administra o prescribe el tratamiento médico o quirúrgico; lleva a cabo periódicamente exámenes somáticos del ganado productor de leche y de otros animales, y los vacuna contra ciertas enfermedades, como el cólera y la rabia; estudia las primeras manifestaciones de una enfermedad y toma las medidas necesarias para prevenir su propagación; administra atención obstétrica, aconseja a los propietarios de animales sobre las medidas sanitarias que deben tomarse, así como sobre la alimentación, la cría y los cuidados generales; lleva a cabo autopsias para descubrir las causas de la muerte. Se especializa, a veces, en el tratamiento de algunas categorías de animales (animales domésticos, vacas lecheras, caballos, aves de corral o cerdos) o bien en alguna rama de la medicina veterinaria, como la cirugía o la radiología”.

Esta definición, más completa, por supuesto, que las anteriores, ofrece una idea bastante exacta del cometido actual del vete-

¹⁸ Collet, P., 1966. La libertad de establecimiento para las profesiones liberales. *Comunidad Europea* (12): 10-12.

¹⁹ Anónimo, 1963. *Vocabulario de ocupaciones*. Ministerio de Trabajo. Publicaciones Españolas. Madrid.

rinario en el aspecto clínico o zootécnico, pero no alude a sus funciones de inspección de alimentos, bromatología, etc., que, por cierto, sí están señaladas en la definición dada por el Ministerio de Educación y Ciencia,²⁰ que dice:

“La licenciatura en Veterinaria es el estudio, investigación y desarrollo de la producción, conservación e industrialización de animales y sus productos, sus implicaciones económico-sociales y sus relaciones con la alimentación, necesidades humanas y sanidad pública, y de manera fundamental se ocupará de las enseñanzas teóricas y prácticas necesarias para la formación de nuevos licenciados y doctores, cuya misión será el estudio de la producción, explotación, medicina preventiva y curativa de los animales útiles al hombre, de sus relaciones higiénico-sanitarias con éste y de la obtención, industrialización y tipificación de los productos animales”.

Si analizamos las definiciones expuestas se advierte que la veterinaria española oficialmente tiene unos cometidos de medicina y sanidad animal, de prevención y fomento pecuario, industrialización y enseñanza, pero habrá que incorporar a sus funciones dentro del ámbito legal de sus atribuciones, materias tan específicas como las del estudio de la psicología animal, la defensa de la naturaleza, la protección nuclear, tecnología de las industrias ganaderas y pesqueras, biología marina e ictiopatológica, etc.

ANALISIS DE UNOS PREJUICIOS

Hemos visto cómo la figura del veterinario, desde la perspectiva sociológica, es una de las cuestiones que más ha preocupado a esta colectividad profesional. Dicho con otras palabras: es evidente que la postura de este grupo situada entre un prejuicio de índole social, heredado de otras épocas, y un complejo latente de incompreensión por parte de la sociedad, constituye uno de los problemas que hasta ahora más ha martirizado a los miembros de esta profesión. Ahora bien: ¿en qué consisten estas actitudes de desdén que han creído sufrir los veterinarios? Adviértase que presentamos el problema en su aspecto histórico, con

²⁰ Cfr. La Orden del Ministerio de Educación y Ciencia, de 25 de septiembre de 1967. BB.O. del E. de 7 de octubre de 1967.

ejemplos muy parecidos en otras profesiones liberales, ya que la rehabilitación es un fenómeno de tiempo que lleva implícito unos mayores logros económicos y científicos, obtenidos ya en gran parte. Sin embargo, todavía es frecuente oír que el veterinario se caracteriza por una falta de sentido del humor y de insufribilidad hacia cualquier tipo de crítica que afecte a su profesión.

El examen de los prejuicios sociales que han pesado y aún pesan sobre la clase veterinaria nos obliga a la búsqueda previa del origen de los mismos. ¿Cuáles son las causas de estas formas o actitudes de antipatía, referidas, claro está, a este grupo en cuestión? ¿De dónde procede esta crisis social de que se han quejado siempre los veterinarios?

En primer lugar, la persistencia de la figura del albeitar de antaño con sus actividades de tan escaso valor económico para la colectividad, en sus últimos tiempos, al persistir, repito, en la sociedad moderna, ha colaborado a la merma de su estima social.

En las citas literarias que recogemos, el albeitar de los primeros tiempos no aparece con tintas muy cargadas y no es precisamente una de las profesiones más ridiculizadas, pero a medida que nos aproximamos al siglo XIX el albeitar aparece siempre con un papel social mermado. La convivencia durante algunos años de albeitares y veterinarios hasta la supresión total de los primeros en 1850, acarreó no pocos perjuicios a la profesión, ya que los nuevos veterinarios aportaban una nueva titulación y una forma actual y científica de la profesión. Pero los albeitares de última hora quedaban en la novela y el teatro como unos profesionales de "lavatiba y trote" que vivían en gran parte del herrado y de unas prácticas médicas que desaparecieron con las revolucionarias teorías microbianas y los restantes adelantos en los diferentes campos de la ciencia médica.

Ramón Turró, en 1905, al analizar, al estudiar esta evolución de la veterinaria española, escribía: "Realmente, hasta el siglo XVIII la profesión veterinaria fue modesta, humildísima; los intereses que defendía eran siempre de menor cuantía. Herrar un caballo o mejorarlo de un cólico, cuando podía, era defender un capital exiguo; cortos debían de ser sus honorarios, desmedradas sus pretensiones". Fácil es de comprender, entonces, el prejuicio desfavorable con que la sociedad desdeñaba a aquel grupo profesional, siendo objeto de las diatribas de los drama-

turgos y prosistas del siglo XVIII y XIX, e incluso, como veremos, de escritores más recientes. Reafirmando sus anteriores palabras el propio Turró aludía en 1916, con motivo de la toma de posesión de la Presidencia del Colegio Veterinario Provincial de Barcelona, al mantenimiento de una actitud desfavorable hacia el veterinario en los escritores de los siglos citados. "En España —decía— lo menos que puede ser un hombre de carrera es... veterinario. Más que una profesión modesta se la considera como un oficio humilde; las invectivas que aquí se lanzan contra él en el teatro, presentándole como prototipo de lo ridículo, en los países cultos o no se entenderían o provocarían una indignación universal: aquí hacen desternillar de risa".²¹

Otra de las causas que contribuyó a borrar la figura social del veterinario, en pasadas centurias, que el "medio social" en que se desenvolvía su ejercicio profesional, que le obligaba a tratar con mozos de cuadra, jiferos, castradores, tratantes, etc., ocupaciones modestas y de un estrato social popular. Además de esto, la exploración y reconocimiento de los animales va ligado a la permanencia del profesional en los alojamientos de las especies domésticas no siempre en muy buen estado de higiene y limpieza.

El cliente de la veterinaria ha sido también motivo de este prejuicio desfavorable. No ha sido España, precisamente, un país que se haya caracterizado por su simpatía hacia los animales, sobre todo, los que como compañeros del hombre se consideran de lujo.²² Salvador de Madariaga, en una de sus obras, apuntaba cómo las alusiones a los animales no abundaban en la literatura española. Así se explica que si no se estiman los animales lo suficiente como para conceptuar lógica su curación, aunque no reporten beneficios económicos, el veterinario como médico de los animales tampoco será considerado y estimado por esta sociedad.

En último término merecen considerarse otras facetas que han influido no poco en la creación de estos prejuicios de que hablamos. Nos referimos a los fenómenos de "crítica interna", los desacuerdos y tensiones entre los diferentes Cuerpos profesionales y la falta de un grupo de ayudantes que recogiera el herraje y los menesteres manuales de la profesión.

²¹ Véase su discurso de toma de posesión en la Revista de *Higiene y Sanidad Pecuarias* de agosto-octubre de 1926, t. 16, págs. 624 y ss.

²² Véase, por ejemplo, el libro de Luis Taboada, *Crónicas alegres*, donde trata humorísticamente a los protectores de animales.

II. LITERATURA Y VETERINARIA

Las alusiones favorables o los ataques festivos e irónicos contra la profesión veterinaria en la literatura tienen el valor de servir, en cierto modo, de medida de su situación social. La comparación del prestigio social en las diferentes épocas puede darnos, fácilmente, una visión general y bastante completa de lo que ha opinado la sociedad de los veterinarios, expresado a través de la literatura.

El análisis de estas críticas pone de relieve, en primer lugar, que los veterinarios no ocupan un lugar más destacado que otras profesiones por la frecuencia de esas críticas o porque los ataques o las alabanzas tengan un gran contenido. Más bien diríamos que las críticas desfavorables de la novela y el teatro son las corrientemente utilizadas contra las profesiones liberales en sus distintos cometidos. Ahora bien, si el veterinario no sale peor parado que el abogado, el médico o el clérigo, por el contrario, las críticas hacia él se caracterizan por tener un denominador común que vamos a analizar.

Las críticas negativas, en un sentido muy parecido, se encuentran también en otros países donde incluso se estiman más las funciones del veterinario. Suelen ser casi siempre retratos en los que el veterinario aparece descrito como hombre rústico, vulgar o con poca ciencia. Otras veces el valor negativo radica en la exclusión, ya que no figura entre las fuerzas vivas locales o se le confunde con los curanderos que tanto abundan, dedicados al tratamiento de los animales. Problema diferente es el de la valoración jerárquica que se hace, a veces, entre médicos y veterinarios.

Las causas del prejuicio social que hemos analizado derivan, en suma, en que la veterinaria como ciencia tiene una historia de pocos años y ha necesitado ir desterrando materias en desuso o secundarias para ir adaptándose a nuevas especialidades. Al perder el caballo su prioridad en la patología, los animales objeto de interés en veterinaria han aumentado y, sobre todo, han derivado hacia aquellas especies de valor bromatológico. El hecho de pasar el caballo a un segundo plano en nuestros estudios arrastró tras de sí a disciplinas que en otra época fueron importantes y muy veterinarias, como la Podología y el Herrado y el Exterior o Morfología externa de los animales que con el tiempo se han incluido como parte o complemento de otras asignaturas.

A medida que el veterinario amplía el campo de sus actividades se modifica también indudablemente el concepto que la sociedad tenía del veterinario.

El aprecio o estima del mundo animal que en España existía casi con absoluto predominio de los útiles y domésticos se ha extendido hacia la fauna salvaje, protección de naturaleza y los animales llamados injustamente de lujo o de compañía.

Las Sociedades Protectoras de Animales, los grupos de defensa de la naturaleza, que antaño se consideraban como algo foráneo y, en ocasiones, extravagante, han proliferado en los últimos años con la aquiescencia popular en gran parte formada por un público intelectual y juvenil. Los sistemas de propaganda audiovisual han colaborado en estas campañas de amor y protección a los animales. El papel entonces del veterinario que cura perros o asistía a un parto, funciones que se prestaban en las comedias a un motivo festivo han perdido hoy en día este contenido. En general, los ataques más duros de la literatura española al veterinario tienen lugar en los siglos inmediatos al actual, en que, como hemos apuntado, perdura la figura anacrónica del albeitar que llega a convivir con los primeros veterinarios que, dicho sea de paso, no se habían librado, en parte, de los defectos de la albeitería, aunque hubieran cambiado de nombre. Esto unido a que el veterinario es muy sensible a los ataques a su profesión, cosa que no ocurre, por ejemplo, en los médicos, explica la creación del grupo profesional y su postura a veces extemporánea por alejar ese prejuicio.

En medicina es frecuente que la literatura aluda a sus fracasos sin que ello tenga especial importancia. Así, Marañón escribe en *Vida e Historia*²³ acerca de los barberos y cirujanos de las galeras, y comenta, con la mayor naturalidad, la calidad de los malos médicos del Siglo de Oro. El mismo Quevedo y también Goya ridiculizaron y atacaron en su tiempo a la medicina de una manera brutal y sangrante, circunstancia que no se ha dado todavía en veterinaria. Claro está que, en definitiva, el médico sabe que sus impugnadores, quieran o no, terminan requiriendo sus servicios facultativos.

²³ Marañón, C., 1958. *Vida e Historia*. Séptima edición. Colección Austral. Espasa-Calpe, Madrid.

En la actualidad, las alusiones de escritores y científicos son en general favorables a la veterinaria, aunque se demuestre un índice superior en el resto de los países europeos.

Dentro del Catálogo de la crítica favorable es preciso subrayar el papel desempeñado en la actualidad por el cinematógrafo, donde el veterinario aparece siempre visto bajo un prisma de simpatía, si bien los filmes son en su totalidad de producción extranjera.

Letard, que ha estudiado este mismo fenómeno de la valoración social del veterinario en Francia, a través de la literatura, alude también a unos prejuicios innegables que se muestran en algunos retratos que, como veremos, no difieren mucho, en ocasiones, de las descripciones españolas. Ahora bien, Letard considera que estos retratos literarios tienen tan sólo el valor de retratos individuales, aunque a mi juicio representan más bien una opinión, sino generalizada, al menos popular y, en todo caso, un estado de opinión circunscrito a una época o a una moda.

Con el examen de algunas de las fuentes literarias de cada época podemos construir los siguientes grupos:

1. Opiniones adversas.
2. La opinión popular: los refranes.
3. Examen de opiniones favorables.
4. Criterio actual: cine y literatura.

1. *OPINIONES ADVERSAS*

Las opiniones de los autores clásicos de nuestra literatura, que ya recogió, en parte, Sanz Egaña, se caracterizan, como se ha dicho, por su limitación y cuando aparecen se trata de meras referencias a los albeítas o herradores.

El Arcipreste de Hita tiene unos versos burlescos donde condena a un mal herrador. Juan de Mena (1411-1450) escribió un poema festivo que titulaba "Sobre un macho que compró de un Arcipreste", en el que alude a la chalanería de un abad y sirven de jueces del pleito "herradores, majahierros. / Sotiles de grandes preces".

Lope de Vega también hemos dicho cómo emplea el vocablo “galeno de rocines”, nombre que no tenía por qué molestar a los albeítas de la época, más que a los médicos, a quienes va en realidad dirigida la crítica. El mismo Quevedo, que en su libro de *Los sueños* hizo desfilar a casi todos los oficios y profesiones de la época para las que tiene comentarios mordaces e irónicos, en conformidad con los defectos que les señalaba la sociedad de su tiempo, no parece que sintió el deseo de ridiculizar a los albeítas y herradores. Sin embargo, cita a los médicos, procuradores, abogados, jueces, boticarios, etc., y los oficios de tabernero, despensero, etc. Con todo, en un soneto que titula “Boda de matadores y mataduras”, esto es, de un boticario con la hija de un albeítar, escribe:

“Supe que era una boda entretejida
de albeítar y botica

.....
El dote es matadura en dinero.

Pedro Francisco Lanini publicó una comedia cuyo título “El baile del herrador” parecía indicar un mayor contenido irónico que se limita al chiste fácil del equívoco entre herrador y errado.

Existe también una novela perteneciente a la literatura celestino-picaresca, de Francisco Delicado, *Retrato de la Lozana Andaluza* (1528), donde con un lenguaje riquísimo, aunque plagado de italianismos, hace una descripción de las costumbres y conversaciones de las meretrices de Roma, entre las que sobresale La Lozana. El libro que se haya dividido en lo que llama “mamotretos”, en lugar de capítulos, tiene algunas alusiones a los albeítas, que nos interesan en este caso. Se trata de un diálogo de Lozana con dos médicos (uno de medicina general “físico” y el otro “cirujano”) que la reprenden porque se dedicaban a curar a la gente y les quitaba la clientela. Entonces los médicos explican como a veces provocaban el dolor en las heridas con ungüentos para luego quitarlo y aparecer como buenos médicos.

Cirúgico.—“(...) y nosotros, si no duelen las heridas, metemos con que duelan y escuezgan, porque vean que sabemos algo cuando les quitamos aquel dolor, ansimismo a otros ponemos unguento egipciaco, que tiene vinagre.

Lozana.—Como a caballos, unguento de albeitaes.²⁴

La referencia a los albeitaes es en este caso, puramente técnica. Y un caso parecido ocurre en otro diálogo de *Lozana* con un médico en que aparece una valoración jerárquica entre el médico y el albeitar que, como veremos, se hará también en otras épocas.

Médico.—“(. . .) más si la señora *Lozana* quiere, ya me puede dar una expectativa en forma común, para cuando *Rampin* se parta, que entre yo en su lugar porque como ella dice: no esté lugar vacío, la cual razón conviene con todos los filósofos, que no haya lugar vacío, y después desto vendrá bien su conjunción con la mía, que, como dicen, según que es la materia que el hombre marca, así es más excelente el maestro que la opera; porque cierta cosa es que más excelente es el médico de cuerpo humano racional que no el albeitar, que medica el cuerpo irracional, y más excelente el cuerpo miembro del ojo que no el dedo del pie y mayor milagro hizo Dios en la cara del hombre o de la mujer que no en todo el hombre, ni en todo el mundo, y por eso no se halla jamás que una cara sea semejante a otra en todas sus partículas, porque si se parece en la nariz no se parece en la barba, y así de singulis”.²⁵

Mesonero Romanos (1803-1882) en la serie de *Tipos y caracteres* (1843-1862) subraya la prodigalidad del término artista que se atribuían con suma facilidad los miembros de los diferentes oficios. Así, entre otros muchos que cita, dice: “. . . el que toca la gaita o el que vende aleluyas, artistas populares, el herrador de mi calle, artista veterinario; el barbero de la esquina, artista didascálico”, etc.

La propensión al engolamiento profesional o artesano no fue, a lo que parece, un defecto sólo español, ya que el escritor aragonés José Mor de Fuentes en *Bosquejillo de su Vida y escritos* (1836) al recordar su estancia en París menciona este mismo defecto cuando escribe: “Es de advertir, para lo que luego sigue, que los franceses, de suyo huecos y fachendones, propenden infinito a realzar sus destinos u objetos con dictados campanudos. Un mozo de café pone para su granjería un corral de aves, y en vez

²⁴ Delicado, F., 1916. *Retrato de La Lozana Andaluza, en lengua española muy clarísima*. Introducción de Eduardo María de Segovia. Edit. Mundo Latino. Madrid, págs. 229-231.

²⁵ *Ibidem*, pág. 242-43.

de gallinero o pavero se titula marcialmente director; el boticario se llama farmacéutico; el albeitar, veterinario o mariscal", etc.²⁶ La cita tiene su interés como índice del valor del nombre profesional y las cargas desfavorables de la voz albeitar en esa época.

Otra de las formas literarias de interés sociológico para el veterinario es aquella en que su ejercicio profesional se suplanta o sencillamente se prescinde de él por innecesario por presuponerse una falta de ciencia. En este sentido merece recordarse un cuento de Narciso Campillo titulado "Un tipo singular", donde se habla del protagonista diciendo que conocía el arte de curar animales tan bien como un albeitar.²⁷ En esta misma línea está la comedia de José Estramera, *Mimí* (representada en 1888), donde se pinta la figura de una niña rica, mal educada, caprichosa y casi analfabeta. Se le ocurre un capricho: exigir a sus abuelos que llamen a un médico famoso para que "visite" al perrito de la casa que se encuentra enfermo. Esta situación origina el problema de la jerarquía entre médicos y veterinarios en sentido negativo para el segundo. Sin embargo, se da el caso contrario en la novelista Rose Franken, que apunta una comparación entre las profesiones médica y veterinaria, desde el orden de los intereses remuneratorios, dando preferencia a nuestra profesión como instrumento de productividad.²⁸

Gutiérrez Gamero (1844-1936) en *La derrota de Mañana* presenta un personaje que dice que curar a los hombres es como a los animales, afirmando que de curar a las bestias sabe él mucho. A una enferma la diagnostica "mojarrillo".

Otra cosa es como decimos cuando no aparece el veterinario en situaciones necesarias. Todo el mundo conoce la canción infantil de jugar al corro titulada "Estaba el señor don Gato". En la letra los niños buscan a alguien que cure al señor don Gato que se ha caído del tejado y se halla gravemente enfermo. Llaman a médicos, un sangrador y un cirujano, pero no al veterinario. Ello tiene su explicación: en la mente de los niños a esa edad no hay ideas diferenciadas, sino que son todas muy simples, de tal manera que les parece más lógico que, igual que ocurre con ellos,

²⁶ Mor de Fuentes, J., 1943. *Bosquejillo de su Vida y Escritos*. Colec. Cisneros. Edic. Atlas. Madrid. Pág. 121-22.

²⁷ Campillo, N., 1878. "Un tipo singular" en *Una docena de cuentos*. Prólogo de D. Juan Valera. Madrid.

²⁸ Franken, Rose, s.a. *La otra Claudía*. Colec. La Nave. Pág. 100.

sea el médico el encargado de curar todo ser, sea persona o animal.²⁹ Pero aún estas cargas negativas pueden llegar incluso al propio nombre de veterinario o a la profesión. En este sentido, recuérdese la novela de sátira criolla de Jenaro Prieto, *El Socio*, publicada en 1920, en la que aparece una escena donde Julián Pardo, el protagonista, se indigna al ser confundido con el veterinario, ya que "le desagradaba más ser llamado veterinario por una mujer, que colega por un caballo muerto".³⁰ Una situación análoga se presenta en el libro de Martínez Pérez (1889) en uno de cuyos relatos se pinta una niña del quiero y no puedo a la que su madre propuso un día que estudiase veterinaria. La chica precoz responde con una explosión de ira ante lo que considera un desatino.³¹ Existe una obra francesa, *Etienne*, con esta misma circunstancia respecto al sobrino de un veterinario que se niega a seguir estos estudios, pese a que su tío quiere cederle, el día de mañana, toda su clientela.³²

Lo más corriente, en los ataques hacia el veterinario, se refiere a su tipología que parece no mereció en el siglo XIX atenciones favorables. Así, López Carrafa (1879) describe el caso de un veterinario de Vitigudino que solicita la mano de una joven. El resultado es que a falta de pan buenas son tortas. Existe un dejo un tanto irónico en la escena.³³

En ocasiones, el veterinario es un tipo brutal y duro y así le retrata Sabater (1822-1892), o como inadecuado y tosco a la manera en que aparece en *La Rebotica* de Vital Aza y en una comedia de Adolfo Torrado. Encontramos también un indicio de esta crítica en una novela de Rosa María Cajal (1955) en la que aparece

²⁹ Eseverri, J.; J. M^o Azpeurrutia y Carmen Moreno de Azpeurrutia, 1954. *Jugando al corro*. Edit. Miguel A. Salvatella, Barcelona. Véase igualmente, Córdova, S., 1947. *Cancionero Popular de la provincia de Santander*. Libro I. Págs. 273-4.

³⁰ Prieto, J., 1954. *El Socio*. Edit. del Pacifico. Santiago de Chile.

³¹ Martínez Pérez, A., 1889. "Al amor de la lumbre" en *Golpes en blando*. Madrid. La dedicación de la mujer a los estudios de veterinaria no constituye una actitud antifeminista. Más bien es todo lo contrario, como lo demuestra el número cada vez mayor de mujeres que estudian en todos los países del mundo. Recuérdese la satisfacción con que nuestras revistas dieron la noticia de que la joven Justina González Morilla ingresaba en la Escuela de Veterinaria de León.

³² Deval, J., 1930. *Etienne*. Librairie Theatrale, Edit. París.

³³ López Carrafa, E., 1879. *Escenas cómicas de la vida militar*. Madrid.

un veterinario al que no considera diferente de los mozos de un pueblo.³⁴

En dos obras que nosotros conozcamos el veterinario es protagonista en una de ellas de un crimen (Cfr. *El Rastrero* de Mas (1934), y en la otra de García Valero (1915) se recuerda el caso de otro colega condenado a muerte que logra escapar de la cárcel.³⁵

En una comedia de López Monis y Ramón Peña (1924) en el segundo acto aparecen dos veterinarios a los que pintan como un par de bobos. Jáuregui de Quevedo (1940) tiene en un libro suyo una cuchufleta sobre los veterinarios a quienes en la aldea llaman los "itinerarios". Cabo Pastor, en *Tertulia de rebotica*, trata de la Veterinaria y los "silbantes castradores". Habla también del "desprecio" de la Veterinaria, aunque reconoce, sin embargo, la importancia que tiene.³⁶ En esta relación de tipología veterinaria podemos incluir un cuento de Valbuena (1895) en que aparece un veterinario bromista que quiere hacerse pasar por barbero. Tipo parecido es el personaje de Galdós, Roque Pamplinas, barbero, veterinario y sangrador.³⁷

Situaciones plenas de ironía hacia el veterinario encontramos en *La Republicana Jurdana* donde se supone que hay un Albeitar Mayor en la República que reconoce a los diputados y en *La Expósita* donde Arrasate al describir las fuerzas vivas de un pueblo navarro, alude al veterinario de quien dice dos o tres gracias.³⁸

El chiste fácil a expensas del veterinario y su cometido lo encontramos en la obra humorística de Pérez Zúñiga en la que se dice a un enfermo: —"¿No podríamos esperar a ver si por

³⁴ Torrado, A., 1952. *Mosquita en Palacio*. Revista Literaria Novelas y Cuentos. Madrid.

De Ramón Sabater véase su libro *Juan Damasceno*. Cajal, Rosa María, 1955. *Primero, derecha*. Barcelona.

³⁵ Mas, J., 1934. *El Rastrero*. Edit. Pueyo. Madrid.

García Valero, V., 1915. *Páginas del pasado...* Prólogo de José Francos Rodríguez. Tipogr. La Itálica. Madrid.

³⁶ López Monis, A., y R. Peña, 1924. *El buen mozo*. Comedia en tres actos. La Novela Teatral. Madrid.

Jáuregui de Quevedo, E., 1940. *El indiano de Castañeda*. Palencia.

Cabo Pastor, F., 1935. *Tertulia de rebotica*. Madrid.

³⁷ Valbuena, A. de. 1895. *Cuentos de barbería aplicados a la política*. Madrid. Para Pérez Galdós véase *La Corte de Carlos IV*.

³⁸ Cfr. Doctor Albiñana, 1934. *La República Jurdana*. Madrid. Arrasate Jurico, M., 1929. *La Expósita*. Pamplona.

casualidad pasaba por aquí algún veterinario?".³⁹ He aquí otra puya en la que la ironía tiene doble sentido:

“A consecuencia de un vuelco
Que sufriera el regio tren,
Fracturósele una pierna
A un magnífico corcel.
Curósele un entendido
Veterinario, y después,
Puso en su rótulo: Albeitar
De Su Majestad el Rey”⁴⁰

Cuando no es el propio veterinario la crítica puede dirigirse a su familia como en la novela de Fernández Pesquero en la que se alude a un joven indiano hijo del albeitar del lugar, que acaba de regresar al pueblo y que es tan necio como fantasioso.⁴¹

Las descripciones un poco ridículas contra el ejercicio de la profesión o la poca ciencia de aquellos veterinarios de antaño es, posiblemente, la arista más sensible de la crítica festiva de la que hicieron uso periodistas y escritores humoristas. Uno de éstos, Luis Taboada (1848-1906), aprovechándose del ataque contra el gusto de ciertas personas por el mantenimiento de animales de lujo, inserta un diálogo muy gracioso entre el veterinario, don Onofre y doña Robustiana, que le llama para asistir a su perro Chuchulín.⁴²

Vital Aza (1851-1912) en el poema titulado “Consulta médica” escribe acerca del buche de una pollina que se pone enferma y llaman al facultativo para que le cure.

“Vino el albeitar, le mandó un jarabe
y unas friegas con vino muy caliente;
pero la enfermedad era tan grave
que a los tres días se murió el paciente.
¿Y sabe usted, amigo, qué dolencia
cortó del pobre buche la existencia?”

³⁹ Pérez Zúñiga, J., 1905. *Seis días fuera del mundo* (Viaje involuntario), Madrid.

⁴⁰ Llombart, C., 1892. *Pullitas y cuchufletas*, Madrid-Valencia.

⁴¹ Fernández Pesquero, J., 1915. *La patria del indiano*, Madrid.

⁴² Taboada, L., s.a. *La viuda de Chaparro*, Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, Madrid.

—No lo sé, mi querido don Macario.

Soy médico, no soy veterinario.

—Pues el pobre animal
se murió ¡de un catarro pulmonar!"⁴³

Antón del Olmet tiene también en un relato titulado "Pizquita" (nombre de una gata), una diatriba contra los veterinarios y a uno que se requiere para curar al animal le describe como de "aspecto zafio" y con pocos conocimientos.⁴⁴ Martínez Kleiser en *El vil metal* recoge la disputa entre un médico y un veterinario. Cada uno de ellos se echa en cara lo poco que sabe el otro.⁴⁵

Cuenta José María Iribarren en su libro *Burlas y Chanzas* algunas anécdotas sobre las consecuencias de los errores profesionales de los veterinarios en relación con la fiesta taurina. Dice este autor que Tudela tenía fama, entre otras cosas, por el carácter exigente de sus habitantes a causa de las corridas de toros en las que no admitían el menor descuido o decepción por parte del veterinario, los toreros e incluso del ganadero. Con motivo de una de estas corridas, donde no quedaron muy satisfechos de la actuación pericial del veterinario sobre los toros que se iban a lidiar, compusieron una tonadilla contra éstos, que decía:

"En el nombre de Canraso
han hecho una cárcel nueva,
para encerrar a los "equis",
por engañar a Tudela"⁴⁶

En el libro *La prole de Adán* de Eustaquio Cabezón hay una composición festiva en la que habla un gato. Este animal se queja de un veterinario porque "le ha capado".

"Mas tropecé con un veterinario
me inspiró confianza el tal sujeto,
y bailándome el agua el sanguinario
fue a acariciarme... y me dejó incompleto"⁴⁷

⁴³ Aza, V., 1944. "Consulta médica" en *Frivolidades*. Versos y prosa. Edit. Glem. Buenos Aires.

⁴⁴ Antón del Olmet, L., 1909. *El libro de la vida bohemia*. Madrid.

⁴⁵ Martínez Kleiser, L. s.a. *El vil metal*. Madrid.

⁴⁶ Iribarren, J. M., 1951. *Burlas y chanzas*. Edit. Gómez. Pamplona.

⁴⁷ Cabezón, E., 1918. "Misiva" en *La prole de Adán*. Madrid.

Conozco un relato muy gracioso basado en el mismo motivo y que tiene el siguiente argumento: Un hada concede tres gracias a una solterona: la primera cosa que pide son joyas, la segunda que la devuelva la juventud y la tercera petición que hace la solterona es la de un joven distinguido. Cuando llega a la tercera solicitud el hada toca con su vara encantada al gato y le convierte en un apuesto mancebo, pero éste, volviéndose a la soltera del cuento, le dice: ¡Ahora te vas a acordar de cuando llamaste al veterinario para que me hiciera aquella operación!

Ernesto Polo saca en uno de sus libros a un veterinario llamado Salvador y a su esposa doña Urraca, con los que juega irónicamente con motivo de la curación de una yegua.⁴⁸

Las citas, como vemos, corresponden en su mayoría al sig.lo XIX y tienen un carácter poco serio. Sin embargo, podemos evidenciar que algunas de ellas fueron escritas en el presente siglo. Sin duda, las más graves son las que proceden de escritores de prestigio. En este sentido, queremos recoger una de Pío Baroja: *Arlequín, mancebo de botica o Los pretendientes de Colombina*, obra en la que sale un veterinario de caricatura al que don Pío da un buen varapalo, igual que al resto de los pretendientes de Colombina. Recuérdese que contra esta figura anacrónica del veterinario de Baroja reaccionó un grupo de la Peña profesional de la *Granja El Henar*, que, no dándose por aludidos, entregaron en un simpático acto un supuesto título de veterinaria al intérprete del papel que había sido el ingeniero y poeta Francisco Vighi.⁴⁹

En el libro *Aurora roja*, perteneciente a la trilogía *La lucha por la vida*, de Pío Baroja, aparece como personaje un "veterinario anarquista", el Sr. Canuto, al que Eugenio G. de Nora califica de "pintoresco, esquinado y terco". Tipificación política tiene también el hijo del veterinario que sale en la novela *El cacique* de Luis Romero (Premio Planeta, Barcelona, 1971), joven poseído de ideas sociales que expone en el pueblo.

⁴⁸ Polo, E., 1956. *Mi vida entera para ustedes* (Del polisón a los platillos volantes). Madrid.

⁴⁹ Cfr. el número 5 de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* de mayo del 1927, págs. 369-70.

Recientemente, un libro de Camilo José Cela, al que nos referimos en su día,⁵⁰ *San Camilo, 1936*, presenta a los veterinarios rurales como patanes de taberna" ... los veterinarios clásicos, los de los pueblos, que van de faja y gorra de visera y que recetan a las mulas lavatibas y trote, son hombres corrientes y molientes que juegan al tute o al tresillo, beben vermú, se tiran pedos, etc." No salen tampoco mejor parados los veterinarios de ciudad a los que alude irónicamente y comenta sus apaños con las clientes que les llevan sus perritos. Pocas páginas después presenta un tipo de veterinario, Raúl Tendero Ortiz de Ojuel, del que dice que se enfatua cuando la clientela le llama doctor Ojuel y "es un pardillo que no dice más que necedades" y al que por lo visto su profesión le da buen resultado.⁵¹

Un aspecto curioso de la forma en que literariamente se recoge la personalidad del albeitar es aquella que constituye sus relaciones con las mujeres, como motivo de ridiculización o del chiste fácil a que se presta (típico, como se sabe, de la época), pero que, por otra parte, parece indicar un donjuanismo profesional al que también se han referido posteriormente autores modernos.

En nuestro Siglo de Oro, tan dado a escenas y conflictos celestinesco, se utilizaba el vocablo "ensillar" con un sentido metafórico que ha derivado con el tiempo a términos sinónimos (con el mismo significado). Así lo emplea en 1602 el capitán Alfonso Velázquez de Velasco en su libro perteneciente a la línea celestinesca, *La Lena*. Se trata de una obra clásica, que mereció el elogio de Menéndez Pelayo; el argumento se basa en la actividad de esta alcahueta para emparejar a dos hermanos ricos con sus amadas.

En una de las escenas conversan dos criados, Cornelio y Vigamón, y la charla deriva hacia la búsqueda de una mujer fácil, pero sólo existe la posibilidad de una vieja ama de llaves que no se deja convencer. He aquí el diálogo festivo:

Vigamón

"No hay vieja para ese menester; más llégate a herrarla: es un Barrabas con tocas; no ha nacido según lo que muestra en sacudimiento y aspereza — mula más mala de ensillar".

⁵⁰ Madariaga, B., 1970. De la crítica a la autocrítica. *Bol. SYVA* (149): 145-48.

⁵¹ Cela, C. J., 1969. *Visperas, Festividad y Octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*. Alfaguara. Madrid.

Cornelio

“Habrá sido cosquillosa en su juventud: más si yo la dijese al oído unas palabras que me enseñó un albeitar, verías maravillas”.⁵²

Ramón de la Cruz, en uno de sus sainetes, pone también este diálogo, en el que juega con el chiste fácil, que tanto se utilizó para la nuestra y otras profesiones, por la literatura costumbrista.

“... y el Macareno que profesó en Salamanca diez meses de albeitería, y que sabe de la pata que cojean las mujeres, diga lo que se le alcanza”.⁵³

Al haber faldas por medio no podía faltar tampoco el argumento de los celos a que se refiere Ginés Alberola en un libro suyo, donde saca entre los temas de conversación del pueblo “las trifuleas continuas que el albeitar armaba con su mujer por celos más o menos fundados”.⁵⁴

Pérez Galdós recoge en uno de sus Episodios Nacionales, *Prim* (1906), la escena de dos albeítars del Regimiento de Calatrava que chicolean a la joven Teresita.

En esta misma línea, pero con mucha mayor crítica, Cela alude en *San Camilo*, 1936, a los entendimientos de algunos veterinarios con las dueñas de perros de lujo.

No seríamos justos si no hiciéramos relación, aunque sólo sea a título comparativo, a otras obras extranjeras en las que aparecen también críticas al veterinario, algunas más acentuadas, incluso, que las españolas en un sentido casi idéntico al que hemos recogido.

Pueden servirnos de ejemplo los comentarios irónicos y depreciativos del célebre Sir *Walter Scott* (1771-1832), en su conocida obra *Rob Roy*, en la que se refiere a un personaje “con dureza de rasgos y formas atléticas” dedicado al trato de ganado “género

⁵² Velázquez de Velasco, A. s.a. *La Lena*. Colec. Libros célebres españoles y extranjeros: Clásicos españoles. Edit. Prometeo. Valencia.
Véase el Acto III, escena III, pág. 118.

⁵³ Cruz, R. de la, s.a. *Sainetes de Ramón de la Cruz*. Biblioteca Arte y Letras. Edit. Maucci. Barcelona.

⁵⁴ Alberola, G., 1890. *El sochantre de mi pueblo*. Madrid. Pág. 217.

de ocupación no muy elevado que digamos". Pero en la misma obra aparece también un veterinario de aspecto torpe y salvaje y no muy listo, al que describe en estos términos:

“Diome, empero, un apretón de manos, diciendo que se veía obligado a bandonarme para ayudar al batidor y a sus hermanos a reunir los perros, excusa más bien dirigida a miss Vernon que a mí.

—¡Anda, anda —dijo ella siguiéndole con mirada en que se leía el más vivo desdén—, príncipe de las caballerizas, de las riñas de gallos y de las carreras de caballos! Verdad es que el uno no vale más que el otro. ¿Ha leído Ud. a Markham?

—Es ese un nombre enteramente desconocido para mí.

¡Bondad divina! ¡En qué playa ha naufragado usted!

¡Bárbaro extranjero que no está iniciado en el sublime Alcorán de la tribu salvaje en cuyo seno va a morar! ¡No haber leído a Markham, el gran legislador de los albeítars! ¡Tiemblo ya al pensar que tampoco conocerá usted a los modernos Gibson y Barlett!

—¡Ay... no!

¿Y no se ruboriza al confesarlo? ¿Será preciso borrarlo de nuestra parentela?

—¡Ah! ¿Conque no sabe usted ni administrar una purga, ni colocar un sedal?

—Eso es incumbencia del palafrenero y lo dejo a su cargo.

¡Negligencia increíble!

—¿Ni herrar un potro, ni cortarle las crines o la cola, verdad?

¿De modo que si se le hablase de quitar el frenillo a un perro o cortarle rabo y orejas; de domesticar y de encapillar a un halcón o de arreglarle la comida; o bien si...?”⁵⁵

La crítica, como vemos, se refiere al individuo en este caso y no a la profesión a la que, por otra parte, la coloca en una categoría de verdadera medicina animal con sus autores y arte en la cura y domesticación de animales.

⁵⁵ Scott, W., 1957. *Rob Roy*. Editorial Sopena. Barcelona. Págs. 39 y 46-47.

Otra de estas obras de mayor censura para los veterinarios, por la escasa calidad moral de su protagonista, es la novela de León Tolstoy titulada *Polikushka*. El personaje central de la narración, Polikei, ejerce las funciones de veterinario y le queda tiempo, además, para ser ladrón, borracho y, en suma, un hombre indigno. Sin embargo, por lo que nos dice el autor parece más probable que Polikei fuera un intruso en veterinaria; es decir, un curandero que practicaba la veterinaria. "Polikei era veterinario, como hemos dicho ya. Cómo llegó a serlo era un misterio para todos y para él mismo también. En el establo donde había estado con el mozo de cuadra que fue deportado a Siberia no había tenido otro trabajo que la limpieza de la cuadra, la de los caballos con la almohaza y el acarreo de agua. No pudo haberlo aprendido allí. Después se hizo tejedor; luego trabajó en un jardín limpiando senderos; más tarde tuvo permiso para ausentarse temporalmente y fue recadero de un comerciante. Pero no pudo haber practicado el oficio allí. Y cuando regresó a su casa empezó poco a poco a extenderse su fama de no ya extraordinario, sino hasta sobrenatural curador de males de caballo".⁵⁶ ¿Dónde estudió Polikei? ¿Qué título facultativo o documento amparaba su ejercicio profesional? La única respuesta es que Polikei no era en realidad veterinario.

En Francia, el país posiblemente donde existe mayor estima, respeto y simpatía hacia los veterinarios, no carece tampoco de críticas, aunque en este caso estén contrapesadas por numerosas narraciones y citas favorables.

Zola, por ejemplo, retrata así a un veterinario rural:

"C'était le vétérinaire de Cloyes, un petit gros, sangain, violet, avec une tête de troupier et des moustaches fortes".

"Le vétérinaire écarquillait les yeux, avec un froncement du nez et de la bouche, tout un remuement de son museau de dogue, bonhomme et brutal"). Es el retrato de M. Patoir, que visita un gato enfermo cuya curación le importa un bledo, ya que cree más oportuno atarle una piedra al cuello y arrojarle al agua.⁵⁷

Guy de Maupassant refleja en pocas líneas la personalidad de M. Séjour, "un gran diable qui était devenu vétérinaire après

⁵⁶ Tolstoy, L., 1958. *Polikushka*. Edit. Juventud. Colección Z. Barcelona.

⁵⁷ Zola, E., 1884. *La Terre*. Charpentier et tasquelle. Edit. París.

avoir étudié pour être prêtre, et qui soignatit toutes les bêtes de l'arrondissement".⁵⁸ Tipo curioso es también Cescas, el veterinario de que habla Francis Jammes, protestante y dado al espiritismo. Su figura es descrita como ridícula con el aire o aspecto de un oso con pelaje de yesca.⁵⁹

Mucho más insidiosos son los ataques de Albert Cler y Steve Passeur, ya que el primero alude a los veterinarios que faltos de deontología profesional sirven intereses bastardos en las ferias y el segundo da como característico de los veterinarios, de una forma inexplicable, su miedo a los animales y su lentitud en los diagnósticos.⁶⁰

2. LA OPINION POPULAR: LOS REFRANES

En los refranes como expresión del sentir popular es muy limitada la aparición del veterinario y no figura, desde luego, entre las profesiones que comúnmente ataca el refranero español. Podemos decir entonces que el veterinario sale bien parado, en comparación con el médico, el escribano o el clérigo.

Veamos alguno de estos refranes referidos a los albeitaros:

Herradura que guachapea, campanilla de plata para el albeitar. Alude a la necesidad que había, en este caso, de herrar de nuevo la cabalgadura con la consiguiente remuneración para el albeitar.

Más alufre el albeitar que el físico. Es decir, más columbra o prevé el veterinario que el médico. Se refiere, sin duda, a la necesidad que tiene el primero de diagnosticar sin la ayuda de la información del enfermo.

Al albeitar no le duele la carne de la bestia. Se refiere, como está bien claro, a su fácil campo de experimentación de menos responsabilidad que el del médico.

⁵⁸ Maupassant, G. de, 1885. *Histoire vraie, Contes du jour et de la nuit*. Edit. Albin Michel. París.

⁵⁹ Jammes, F., 1922. *L'amour, les muses et la Chasse. Memoires*. Plon-Nourrit. Edit. París.

⁶⁰ Cler, A., 1842. *La comedie a cheval, ou manies et travers du monde equestre*. Ernest Bourdon, edit. París.

Para Steve Passeur véase su artículo publicado el 6 de septiembre de 1933 en el periódico *Rempart* de París.

¿Quién te hizo albeitar? El mal de mis años. Este refrán indica que con los años aparece la experiencia y el ojo clínico, pero se aprende a expensas de las bajas que perjudican al propietario.

De este refrán existen varias modalidades, con el mismo sentido:

Hízome albeitar el mal de mis bestias, o este otro que dice: ¿Quién hizo al albeitar? El mal de mis asnos.

Caballo overo, a puerta de albeitar o de gran caballero. Quiere decir que el caballo con esta capa (del latín *ovum*, huevo) necesidad del veterinario o de un buen jinete. En el refranero de Correas se dice *Caballo hoguero*. Otra variante es la de *Caballo overo, a puerta de rey, o gran caballero*. Y comenta el autor: "Por hermosos".

Contra el herrado existe este dicho que alude a su dificultad y bajo menester: *El oficio de herrar, el diablo lo debió enseñar.*⁶¹

Opiniones favorables.—No han faltado tampoco, en las letras, autores que han demostrado su simpatía o admiración por la figura del veterinario. Unas veces esta consideración estaba basada en su cometido económico, otras la estima se fundaba en la actuación difícil y sentimental del veterinario con sus clientes, no faltando ocasiones en que se reconoce su valor científico y categoría social.

Una selección de opiniones para que sea objetiva, como es nuestro propósito, debe estar formada por una antología de textos tanto favorables como de aquellos otros que de alguna manera pueden constituir un ataque a la figura del veterinario. La cantidad y, sobre todo, la calidad de los juicios conforman el criterio social.

Veamos, ahora, algunos de los autores que favorecen o elogian la figura o actuación del veterinario.

⁶¹ Véase, para ampliar este capítulo, la abundante bibliografía sobre los refranes de:

Rodríguez Marín, F. *Más de 21.000 refranes castellanos*. Madrid, 1926.

——— *12.600 refranes más*. Madrid, 1930.

——— *Los 6.666 refranes de mi última rebusca*. Madrid, 1934.

——— *Todavía 10.700 refranes más*. Madrid, 1941.

Blanco Asenjo tiene una obra donde aparece un albeitar. Figura en el relato como un personaje culto, junto con un boticario, a quienes el cura del pueblo va a consultar una cosa ridícula.⁶²

El albeitar como autoridad local, igual que pudiera serlo el cura, el alcalde o el maestro, como "la plana mayor del pueblo" aparece en el libro de Diego San José, *De capellán a guerrillero*, publicado en 1928.

Una faceta muy interesante en la actitud favorable de los escritores es aquella en que de manera inversa, a como hemos visto, es ahora el veterinario quien sustituye al médico poniéndose a la cabeza en la escala jerárquica médica. Tal es el caso de una narración de Guillén y Sotelo en la que se refiere al caso de un albeitar a quien se llama primero para curar a un enfermo grave. Muchas personas basándose en que el veterinario actúa ante el enfermo sin ayuda de la anamnesis, suponen que la ciencia del veterinario es más difícil que la del médico. Así lo expresa Will Rogers cuando dice: "Personalmente he creído siempre que el mejor doctor del mundo es el veterinario. No puede preguntar a su paciente qué le sucede y siempre encuentra la solución".⁶³ José María de Pemán apuntaba esta misma dificultad en nuestra profesión al decir: "Me parece altamente científica una profesión que todo tiene que investigarlo ante el silencio y la pasividad del paciente. La Veterinaria, actuando sobre el animal sin conciencia, está más cerca de la Física. La Medicina, dialogando con el enfermo, está más cerca de la Filosofía".⁶⁴ Una situación semejante refleja Pérez Galdós en su Episodio de *Bailén*, en el que el albeitar Pedro Nolasco actúa de médico. He aquí el diálogo:

—“¿Y quién es ese don Pedro Nolasco? —pregunté sospechando fuera algún médico afamado de la vecindad.

¿Quién ha de ser, hijo? El albeitar que vive en el cuarto número 14. Aquí no gastamos médico, porque es bocado de prín-

⁶² Blanco Asenjo, R. 1882. *Cuentos y novelas*. Madrid.

⁶³ Anónimo, 1953. Relaciones públicas de la Veterinaria (Propaganda Veterinaria) *Veterinaria* 17 (10-12): 972.

Véase Guillén y Sotelo, J. s.a. *Narraciones vulgares*. Madrid.

⁶⁴ Pemán, J. M., 1959. Contestaciones a los cuestionarios de preguntas formuladas a las personalidades siguientes: El Excmo. Sr. José María Pemán. *Bol. Inform. y Suplm. Cientif. del Consejo Gral. de Colegios Veterinarios de España*. 6 (139-40): 51.

cipe. Y cuando Fernández padece reuma le ve don Pedro Nolasco, que es un gran doctor. A él debes la vida, chiquillo, y él te sacó del costado la bala; que si no, a estas horas estarías en el otro mundo".⁶⁵

Una prueba de la mitigación del prejuicio que padecía la veterinaria española es que incluso las revistas de carácter cómico y humorístico le ven de muy distinta manera que en el siglo precedente. Recuerdo que hace algunos años apareció en un número extraordinario de *La Codorniz* un artículo titulado "Loemos al veterinario", donde su autor Alvaro de la Iglesia, entre otras cosas apunta frases como las de "que la veterinaria es medicina purísima", y no una medicina inferior, "profesión heroica" merecedora de una distinción especial, etc., etc.⁶⁶

La simple alusión al veterinario sin juicios de valor es también bastante frecuente. De esta manera lo recoge Luis Redonet en una tertulia de aldea.⁶⁷

El pintor y escritor Gutiérrez Solana saca con frecuencia al veterinario en sus narraciones que reflejan de una manera muy particular y selectiva la España de su época. En realidad, Solana se limita a la simple mención, aunque a veces se advierte cierta ironía en las situaciones que recoge, como aquella de su *Madrid callejero* en que reproduce el rótulo existente en un balcón que decía:

Clinica veterinaria

Se aplican sueros y vacunas

Especialidad en cojeras de males venéreos de mujeres

En su obra literaria y también en la pictórica aparecen abundantes temas veterinarios: el desholladero, el carro de la carne o las operaciones del chalaneo, la fiesta taurina, la cura de las mulas en presencia "del maestro veterinario", el herradero, etc. Al hacer el elogio de las capeas, escribe: "...en cambio, en las capeas, si no nos entretiene la lidia, podemos pasear a nuestras

⁶⁵ Cfr. *Bailén*, Cap. III.

Sobre este tema escribió un artículo V. Martínez Sahuero, 1964.

Galdós y la Albeitería. *Bol. Inform. del Consejo G. de Colg. Vet. de España* (57): 8-9.

⁶⁶ Madariaga, B., 1960. Mi colega Darbón. *Tierras del Norte* (25): 29-34.

⁶⁷ Redonet, L. s. a. *Bocetos de novela*. Madrid.

anchas bajo los soportales de la plaza, y hablar con el veterinario del mal de nuestro caballo o del perro".⁶⁸

En *Florencio Cornejo* describe así el veterinario: "...el veterinario, hombre flaco y largo, que padecía del hígado, de carácter dulce y sentimental, tenía afición a la poesía y le gustaban las flores y los pájaros; se levantaba muy temprano, para oírlos cantar, y cuando podía, los cazaba con liga, para comérselos fritos".⁶⁹

Entre los innumerables personajes del mundo barojiano se citan albeítas, arrieros y herradores, que son también frecuentes en la obra de Pérez Galdós (el tío Genillo, albeítas de Graganejos, Martín Albantos, albeítas zaragozano, el citado Pedro Nolasco, Roque Pamplinas, veterinario y sangrador, Rafael Pérez de Alamo, etc.), a los que trata el novelista con términos más justos que el resto de los escritores de su época.

Juan Ramón Jiménez tiene también palabras de consideración y cariño para Darbón, "el médico de Platero", como le llama el autor. Grande de cuerpo, rojo como una sandía y desdentado por los años, Darbón es la más rara mezcla de fealdad y ternura. Este "viejo colega, con silueta de gigante, cara de ogro y alma de niño", como le retrata Sánchez Belda, se enternece, sin embargo, cuando comparte la compañía de Platero o contempla una flor o un pajarillo que le arranca de pronto una sonrisa llena de bondad ante este mundo maravilloso de la naturaleza. Pero cuando sus ojos tropiezan con el lejano cementerio, el espíritu sensible de Darbón se quiebra ante el recuerdo de su niña, de su pobrecita niña muerta.

Las dos notas que definen a Darbón como veterinario son su competencia profesional y solicitud por los animales. Prueba lo primero el lugar donde Juan Ramón asegura que "Darbón cumplió su oficio" castrando un potro negro. Cuando Platero enferma no duda tampoco su propietario en llamar al médico del simpático rucio, por más que el albeítas se sienta impotente ante la intoxicación debida a una yerba o a una raíz.

El poeta nos refiere también la ternura que Darbón sentía por los animales. Cuando el veterinario es requerido para visitar

⁶⁸ Gutiérrez Solana, J., 1930. La Revista de Santander (1): 17.

⁶⁹ ——— 1926. *Florencio Cornejo*. Impr. G. Hernández y Galo Sáez. Madrid.

a Platero y comprende que es imposible su curación, el poeta de Moguer nos descubre los gestos de profundo dolor de nuestro colega. Queda testimonio, igualmente, de este afecto por los seres dolientes, cuando Juan Ramón al curar la cojera de su querido borriquillo comenta que lo ha hecho "con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón".⁷⁰

Cela, al que hemos citado como contradictor del veterinario, tiene también páginas en que describe la típica reunión de las llamadas "fuerzas vivas de la localidad", integradas por el boticario, el coadjutor de la parroquia, el veterinario y algunos otros personajes amantes de la charla, el vino y el tute perrero. En este cuadro refiere las rencillas internas del grupo, donde el farmacéutico y el veterinario representaban "el rabo progresista y hasta, en cierto modo, algo volteriano" en aquellas tertulias tan populares en otro tiempo.⁷¹

Más atrayente y positiva es la figura de don Dámaso, veterinario rural al que retrata con su "barbita y corte de pelo a lo cepillo, cuello de pajarita y finas gafas de pinza, soltero, setentón y liberal", personaje entrañable, "caballero en su yegua torda, defendiéndose del viento y del frío con su capote de parda cuatreada, de buen ver todavía, airoso vuelo y recia primidera, don Dámaso, con su alma de álamo y su estampa de penúltimo quijote, era una figura que decoraba el paisaje familiar, la umbría vaguada, la barbechera de color de olivo, el tímido, el apretado caserío dormido en torno a la inmensa chueca de la iglesia".⁷²

Ultimamente García Pavón ha colaborado en gran manera a popularizar la figura de don Lotario Navarro, veterinario municipal de Tomelloso, inteligente compañero de Plinio en los múltiples y difíciles casos polifacéticos de toda una serie que ha saltado incluso a la televisión.⁷³

70 Jiménez, J. R., 1942. *Platero y yo*. Publ. de la Residencia de Estudiantes. Madrid.

Sobre el mismo tema véase los artículos de A. Sánchez Belda en *Ganadería* (1956), nº 172, págs. 738-40 y el de V. Martínez Salmerón. 1966. Darbón, médico de Platero. *Revista Pecuaria* 2 (5-6): 29-30.

71 Cela, C. J., 1958. *El gallego y su cuadrilla*. Edic. Destino. Colec. Ancora y Delfín. Barcelona.

72 Cela, C. J., 1970. La Esperanza. *Bol. SYVA*. (149): 149-50.

73 Madariaga, B., 1971. Lotario Navarro, veterinario Titular. *Bol. SYVA* (155): 27-28.

Hace algunos años, concretamente en 1959, el Consejo General de Colegios Veterinarios de España formuló un cuestionario de preguntas sobre la veterinaria a diversas personalidades de la política, la literatura e incluso de la propia profesión. La Duquesa de Alba, José María Pemán, Fraga Iribarne, Royo Villanova, Carlos Luis de Cuenca, etc., contestaron a la opinión que les merecía la veterinaria española dentro del contexto de la economía y sanidad nacional.⁷⁴

Otros autores han tenido después ocasión de expresar sus opiniones sobre el cometido de esta profesión en sus múltiples facetas del fomento ganadero, el aspecto social y científico, visto desde un prisma actual en conformidad con el concepto que hoy tiene la sociedad del veterinario.

El historiador español Vicente Silió, gran defensor del mundo animal, declaraba: "Yo siento admiración por los veterinarios. Su cometido ocupa un lugar preferente en las actividades más nobles de la vida. El cuidar la salud de los seres inermes, expuestos al abuso de la humana maldad, es una gran misión, a la que no se elogia, ni muchísimo menos, todo lo que merece".⁷⁵

El prehistoriador y arqueólogo Joaquín González Echegaray, apuntaba cómo "el veterinario, dado su profundo conocimiento del mundo animal, puede ser un puntal muy importante en el estudio de la prehistoria y debe constituirse en la ayuda inseparable del arqueólogo dedicado a la Prehistoria".⁷⁶

El escritor y autor teatral Lauro Olmo respondía a esta misma cuestión sobre la actividad profesional del veterinario con estas palabras, plenas de actualidad, en las que compara las dos profesiones médicas: "Indudablemente, la actividad profesional del veterinario nace de una insoslayable necesidad, por lo tanto, su importancia es vital. Muchas razones abonarían esto; pero, por seguir la corriente de la época, señalemos las de tipo económico. En cuanto al veterinario como inspector sanitario, sus servicios constituyen una exigencia de la salud pública.

⁷⁴ Cfr. *Bol. Inform. y Supl. Cientif. del Consejo G. de Colegios Vet. de España* 1959 (139-40): 33-97.

⁷⁵ Madariaga, B., 1969. Entrevista con D. Vicente Silió. *Bol. SYVA* (133): 6-8.

⁷⁶ Madariaga, B., 1969. Al habla con un prehistoriador: el Dr. don Joaquín González Echegaray. *Bol. SYVA* (139): 179-181.

¿Que si la actividad profesional del veterinario es más difícil que la del médico? Las dos luchan por la vida, las dos son hondas. Todo lo que es así, exige una plena dedicación. Las dos profesiones me parecen difíciles y penosas. Dos palabras clave pueden caracterizarlas: responsabilidad y sacrificio".⁷⁷

El mismo Cela en unas recientes declaraciones hechas a los veterinarios españoles puntualizó acerca de los motivos que le llevaron a realizar en su libro *San Camilo 1936* una descripción "pintoresca" de los veterinarios españoles. Al preguntarle Aguirre Martí si había variado su opinión acerca de estos profesionales veterinarios, replicó: "...debo decirle que mi opinión no ha variado un ápice: siempre los estimé y me honro con la amistad de no pocos".

Al ser preguntado de nuevo si conocía con exactitud los cometidos del veterinario dentro de la sociedad actual española y extranjera, Cela dijo: "No; pero créame que tampoco caigo en el tópico de imaginármelos profiriendo, como única expresión, la fórmula mágica —y carpetovetónica— de "lavativa y trote".⁷⁸

Aspecto diferente es el que se refiere a la opinión científica que modernamente suscita el veterinario. Su incorporación a la labor investigadora en defensa de la ganadería y la sanidad del hombre, le ha valido una sólida reputación que indudablemente va en incremento, en línea pareja al de la medicina humana. Quizás, en este sentido, merezca la pena recordar, una vez más, las palabras que el sabio español Santiago Ramón y Cajal aplicó a la profesión que hasta entonces injustamente yacía postergada entre las ciencias médicas: "Sonroja pensar que abunden hombres de ciencia que menosprecien la veterinaria moderna, tan digna de todos los respetos y consideraciones, y que tanto puede influir, e influye en la riqueza y salud de los pueblos".

No vamos a ocuparnos aquí de las opiniones desde dentro de la veterinaria por más que no falten todos los matices nece-

⁷⁷ Madariaga, B., 1967. Un escritor, Lauro Olmo, opina sobre los veterinarios. *Bol. SYVA* (117): 199-201.

⁷⁸ Aguirre Martí, J., 1972. Al habla con Camilo José Cela. *Pausa*. Barcelona, abril, págs. 24-25.

sarios que van desde la crítica constructiva o esperanzadora hasta la reivindicativa.⁷⁹

Mayor interés tiene en este caso la expresión favorable del veterinario en la literatura extranjera. Sobre el tema existen algunos libros como el de Letard (1934) hace tiempo ya agotado.⁸⁰

En 1930 nuestro admirado amigo el profesor Rafael González Alvarez hizo ya un comentario de una novela de Ernesto Glaeser, *Los que teníamos doce años*, en la que aparecía un veterinario, que aunque episódicamente, recogía un ambiente muy diferente al que entonces se debatía en la veterinaria española. "En la obra se describe el parto de una yegua y se coloca en el escenario descrito a un veterinario. Sabemos que es un hombre con blusa blanca y limpia, que dirige el cuidado del parto, que reclama unas cuerdas cuando cree que la extracción forzada va a ser necesaria, aunque no llega a hacer uso de ellas. Este compañero nuestro posee cierta delicadeza espiritual y el autor le hace mirar con emoción lírica al potrillo recién nacido, alegre y bello".⁸¹ Pero la escena tiene lugar en Alemania.

En Francia, donde el veterinario goza de una reconocida reputación, las opiniones favorables de la literatura son bastante frecuentes, en parte, debido a la existencia de un grupo de escritores veterinarios como Eugene Fourrier, Jacques Risse, Fernand Friesz o la mujer de un veterinario, Caroline Blanche. Pero con todo, hay que reconocer que los criterios existentes en el extranjero sobre el papel social y científico del veterinario, como factor activo de productividad en el incremento de la riqueza pecuaria, son numéricamente más favorables que los españoles. Recuérdense, por ejemplo, las encantadoras páginas dedicadas al veterinario por Héctor Enrique Malot en la novela *Sin familia* (1878), o la figura simpática de Ribart, el veterinario dotado de un gran don de gentes y de maneras elegantes que aparecen en *La veuve aux cent millions* (1884).⁸² André Maurois en una de sus obras ha popularizado la figura del capitán veterinario Clarke, y G. Devore

⁷⁹ Desde una perspectiva profesional con abundantes datos autobiográficos pueden consultarse las conversaciones con diferentes profesionales veterinarios en *Tribuna Veterinaria*.

⁸⁰ Letard, E., 1934. *Les vétérinaires vus par les littérateurs*. Vigot Frères, Edit. Paris.

⁸¹ González Alvarez, R., 1930. El veterinario de la novela "Los que teníamos doce años". *La Semana Veterinaria* (680): 9-11.

⁸² Mérouvel, Ch., 1884. *La Veuve aux cent millions*. E. Dentu, Edit. Paris.

la de Champoreau, quien debido posiblemente a su profesión es un enamorado de la naturaleza, "la generosa, la magnífica naturaleza", como él la llamaba.⁸³ Otras veces los profesionales encargados de la cura de los animales se caracterizan por su vocación y eficiencia profesional. Véase, en este sentido, el libro de F. Méry, *Medecin de bêtes*, novela de una vocación o las interesantes memorias del veterinario americano Henderson que refiere las particularidades del ejercicio profesional en un circo.⁸⁴

No dejan de tener también interés sociológico aquellas situaciones en las que de una manera indirecta se subraya la labor del veterinario y su papel médico-sanitario. Así ocurre con la obra de R. Greenwood, *Aquel entonces*, en la que se hace mención a la producción de leche procedente de vacas libres de tuberculosis. Jack le propone a su padre (Sir Humphrey Verney) la venta de esta leche que se cotiza en el mercado con un aumento de dos peniques la pinta. Ello ocasiona una disputa entre el padre, hombre arraigado a los métodos tradicionales y las costumbres antiguas, y el hijo que cree en los modernos procedimientos de mejoría y sanidad del ganado y sus productos. Jack, para convencer a su padre, se expresa de esta manera: "Lo podríamos intentar. Los lecheros están dispuestos a anunciar nuestro artículo: Leche tuberculizada de Sir Humphrey Verney". El joven Jack, entusiasta de los rebaños libres de tuberculosis, insiste de nuevo ante su padre: "Lo pondríamos en los vehículos y en las botella's. "Leche tuberculizada de Sir Humphrey Verney. Todo Hillechester la compraría".⁸⁵

En este breve catálogo de juicios, tanto españoles como extranjeros, que acabamos de exponer sobre el profesional veterinario, destaca la nota favorable, por parte de los autores modernos, salvo ligeras excepciones, y en todo caso estas opiniones no tienen el matiz desdeñoso con que aparecían a los ojos de prosistas y dramaturgos de siglos anteriores. Este es el mejor exponente del cambio sufrido en el concepto social que merecía antaño el veterinario.

⁸³ Maurois, A., 1921. *Les silences du Colonel Bramble*. Bernard Grasset. Edit. París.

Devore, G., 1909. *Page blanche*. Librairie theatrale. Edit. París.

⁸⁴ Henderson, J. Y., 1952. Yo he sido veterinario de un circo. *Bol. del Colegio de Vet. de Burgos* (67): 65-71.

⁸⁵ Greenwood, R. s. a. *Aquel entonces*. Edit. La Nave, Serie B, nº 117. Madrid.

El cinematógrafo ha colaborado, asimismo, en colocar al veterinario en el puesto que merece dentro del ámbito de las profesiones universitarias. Recuérdese los filmes titulados *Cara de cobre*, *Viaje a Italia*, *romance incluido*, donde aparece una manera actual de ver al veterinario, con una tipología en consonancia a su papel médico-económico.

Otra película interesante es la titulada *Como un trueno*, protagonizada por Jean Gabin, Michele Mercier, Lilli Palmer y Robert Hossein, donde el protagonista, Leandro, es un veterinario borrachín y descreído, pero un tipo humano extraordinario. Lleva a su casa a mendigos, borrachos y, en esta ocasión, a una mujer descañada a la que ayuda y redime.

En un aspecto más profesional tenemos el filme *Me llamo Jericó*, bajo la dirección de Jacques Poitrennaud. El actor Michel Simon representa el papel de un viejo veterinario retirado, al que no le queda más remedio que volver a su profesión a causa de una serie de circunstancias. Simon se comporta como un gran amante de los animales y vive en su casa de Noisy-le-Roy con un loro, una gacela y media docena de monos y gatos.⁸⁶

Algunas escenas del filme tienen un gran realismo como aquella en que practica un "boca a boca" a un ternero recién nacido.

Hace pocos años se representó en nuestro país una película que explicaba claramente al espectador lo que representó la lucha contra la glosopeda en los Estados Unidos. *Hud* es un filme que, dejando aparte otros muchos valores o secuencias instructivas, tiene un gran interés para el público rural, en contacto permanente con los problemas de la ganadería. Allí se ve la puesta en práctica del método de *Stamping out* para luchar contra la glosopeda, consistente en el sacrificio de todos aquellos animales enfermos o que podían ser portadores del virus por haber estado en contacto con animales infectados. Con máquinas excavadoras se abrían gigantescas zanjas donde se sacrificaba y enterraba el ganado, tal como se apreciaba en la película, y después se recubrían de cal para enterrarse acto seguido. Posteriormente se desinfectaban los establos e incluso, se eliminaban los animales caseiros y la volatería. Los veterinarios sufrían un baño desinfectante

⁸⁶ Cfr. Michel Simon, Un animal cinematográfico. *Triunfo* n° 289 del 16 de diciembre de 1967.

con objeto de evitar la difusión de la enfermedad. La película a que nos estamos refiriendo ilustra además al espectador acerca del sentido ciudadano y patriótico de estos granjeros que en su mayoría aceptaron la decisión del gobierno de sacrificar sus efectivos ganaderos. Como pudo verse en *Hud*, el padre de familia reconocía la obligación y el cometido desagradable de los Técnicos que, a pesar suyo, tenían que llevar a cabo el diagnóstico y sacrificio del rebaño, método al fin y al cabo siempre oneroso.⁸⁷

Llegamos al fin de este trabajo, y de la relación de fuentes literarias y del examen de los juicios de diversas épocas, con sus opiniones adversas y favorables, sacamos una conclusión: la importancia del conocimiento de hechos y personas veterinarios. Cuando el grupo veterinario despierte la curiosidad de otros grupos, lo que es consecuencia lógica de la dedicación veterinaria al cultivo de quehaceres culturales, científicos y extraprofesionales, que incidan de manera notable en la sociedad, como lo viene haciendo ahora, se comprenderá que una causa del prejuicio, la ignorancia, es decir, el desconocimiento de sus funciones, habrá desaparecido y con ello la veterinaria española cobrará una nueva dimensión sociológica de la que ya representa un augurio optimista los juicios y las páginas literarias de nuestros escritores más recientes.

⁸⁷ Madariaga, B., 1963. El cine y los problemas ganaderos. *Bol. de Divulgación Ganadera*. Junta Prov. de Fomento Pecuario de Valladolid (62): 5-6.